

6º CLASIFICADA



¿POSITIVIDAD?

Sandra Gusi Martínez
IES Mirasierra (Madrid)

Hace un tiempo mi nombre no significaba nada. Me llamo Positividad Raudales. Solía pintar cuadros tristes, apagados. Puesto que nadie los compraba, los tenía todos en mi casa. Eran como el reflejo de una ciudad que se veía a través de mi pared. Solía observarlos cada día, intentando que mi imaginación se hiciera más extensa cada vez que mi mirada se encontraba con ellos. Hace un tiempo, mientras mi mente se hundía en las oscuras pinceladas de los cuadros, se me ocurrió pintar una habitación. En ella la soledad ocuparía todo el espacio. Me pasé día y noche creándola. Después de dar la última pincelada y sin saber ni cómo ni por qué, aparecí dentro de él.

No era como yo lo hubiera esperado. Solamente llevaba ahí segundos y ya me sentía sola y abandonada. Las paredes estaban desnudas y frías. La luz que entraba por el pequeño ventanuco era tenue y borrosa. En aquella habitación no había nada...Excepto yo. Pasé un largo rato paseando por la habitación, intentando razonar y descubrir qué había pasado. Hasta que me topé con una puerta. Por un momento pensé que aquella chapa de metal oxidado sería mi salvación. Así que, sin pensármelo dos veces, la abrí. ¿Qué esperaba encontrarme yo? Una calle transitada, con bares, tiendas y gente paseando por las aceras. ¿Qué encontré realmente? Un callejón sumido en la oscuridad, con un par de cubos de basura y unos cuantos cartones. ¡Era otro de mis cuadros! Sabía que debajo de ellos una niña lloraba porque, según había imaginado, había perdido a sus padres. Me acerqué poco a poco. Cada vez que la distancia se acortaba, oía con más claridad sus suaves sollozos. Aparté los cartones delicadamente. Sí, ahí estaba ella. Su cabello cobrizo le acariciaba los hombros. Sus pies estaban descalzos. Su vestido gris parecía haber sido blanco en un pasado no muy lejano. Hubo un momento de incómodo silencio, hasta que mi voz retumbó por todo el callejón. Le pregunté cómo se llamaba y por qué estaba sola. Quería asegurarme de que era ella. No respondió. Únicamente me cogió de la mano y me sacó de aquellas estrechas paredes. Había una calle vacía y cochambrosa. El barro invadía las aceras y la basura se amontonaba por todos los rincones. En ese instante, la chica me confirmó lo que yo sospechaba. Se llamaba Laura y hacía unos meses había perdido a sus padres. Dijo que en esta ciudad nadie era feliz. Yo observaba atónita todo lo que había a mi alrededor. Mis preguntas llegaron a su fin. Estuvimos paseando en silencio entre los

mendigos y enfermos que habitaban la ciudad de mis sueños. Yo la había imaginado. Las penas se refugiaban en cada esquina, cada calle, cada persona. Llegamos a las afueras de la ciudad. Allí, las praderas estaban devastadas. Laura empezó a andar hacia una pequeña caseta de madera que se divisaba a lo lejos. Estábamos a punto de llegar a aquel hogar cuando la pequeña se paró en seco. En el jardín había un anciano cavando un hoyo en el suelo. La niña me dijo que la mujer de aquel campesino llevaba mucho tiempo enferma y que la cosa no había acabado bien. Aquel hombre se percató de nuestra presencia. Su mirada se cruzó con la mía. De sus ojos caían pequeñas gotas de cristal. Decidí que ese era el momento de irnos de allí.

Poco a poco fuimos recorriendo todos los lugares de la ciudad que yo había dibujado. Me dí cuenta de que mi capacidad para buscar el lado malo a las cosas no era un don, sino una maldición. No quería que Laura sufriera. No quería que aquella mujer muriera. Quería que fueran felices. Entonces supe que lo que quería y debía hacer era ayudarles.

Estuve allí mucho tiempo. Desde el día en el que conocí a Laura las cosas han cambiado. Decidí reformar la ciudad: pinté las paredes de los edificios, arreglé las casas, animé a todos a conseguir sus sueños... Los locales abandonados se convirtieron en negocios prósperos. En los callejones oscuros las paredes albergaban preciosos murales. Me sentí bien. Había conseguido una ciudad de ensueño. Pero, cuando volví a aquella solitaria habitación con Laura, desaparecí de mi ciudad y aparecí en el suelo de mi apartamento, bajo el cuadro. Cuando me levanté, fui a ver el resto de mis obras que continuaban colgadas de la pared. Ahora eran la viva imagen de la alegría. El único cuadro que no había cambiado era el de la habitación. Cogí unos cuantos cubos de pintura de color y los lancé hacia él. Acto seguido hice algunos retoques para que la habitación tuviera de todo: muebles, ventanas, cortinas, puertas... Pero, lo más importante, en el sofá pinté a Laura con su padre y con su madre. Ahora ella volvería a tener lo que perdió. Y yo también: "Soy Positividad Raudales y soy la positividad en persona".